

ANDRÉS GALLARDO

PABLO NERUDA Y LA LENGUA CASTELLANA

I

Un rasgo característico de las lenguas que han llegado a un grado considerable de desarrollo del proceso de estandarización es que los miembros de la comunidad hablante tienen un alto nivel de conciencia de este hecho: no solo usan la lengua, sino que tienen un conocimiento explícito de su normatividad y de su situación en el entorno cultural en que se mueven. Los hablantes más cultos han tenido una instrucción formal en cuanto al sistema de escritura —la ortografía— y la estructura básica —gramática— de su lengua, así como una formación institucionalizada especialmente en lo relativo a su historia —fuente importante de identidad— y los textos más representativos, que muchas veces adquieren una dimensión de ejemplaridad que marca la actividad idiomática, sobre todo en aquellas instancias más formales. Tales textos suelen coincidir con lo que, tradicionalmente, se llama la literatura. En suma, el hablante culto de una lengua estandarizada tiene una cultura idiomática que le permite una especial lucidez en cuanto a lo que significa ser hablante nativo de esa lengua y no de otra, lo que orienta su competencia, al mismo tiempo que la centra.

En el caso de las lenguas europeas que se han extendido de modo importante por zonas muy superiores, cultural, geográfica y aun étnicamente, a su fuente de origen, se dan algunos rasgos de gran interés para entender la dinámica de la expansión del desarrollo lingüístico. Consideremos el caso concreto de la lengua castellana: lo que comenzó como una variante casi familiar del latín ibérico, en una situación diglósica, se fue transformando en una lengua de notable vitalidad, el romance castellano, hasta llegar a ser la lengua nacional, o por lo menos predominante, de la España unificada durante los Reyes Católicos, una lengua que generó una notable tradición literaria y se fue haciendo apta para desarrollar en ella toda clase de transacciones culturales más y más intelectualizadas y refinadas. Por esa misma época se inició un proceso, hasta entonces inédito en las culturas occidentales: la lengua castellana se difundió rápidamente por zonas radicalmente diferentes de su fuente de origen, entró en contacto con lenguas y culturas desconocidas y terminó por convertirse en el idioma nacional de países que, a pesar de sus innegables diferencias, no solo la tienen como su idioma oficial y predominante, sino también como una de sus fuentes de identidad. (En Argentina se ha hablado durante años, sin más, de «idioma nacional», y en Chile de «idioma patrio» para referirse a la lengua castellana, sobre todo en cuanto que forma parte de los planes de estudio de la enseñanza media).

Esta difusión del castellano en el Nuevo Mundo no ha estado ausente de importantes conflictos. Desde luego, la irrupción de una lengua nueva en las culturas indoamericanas no fue solo una expansión lingüística, sino que abarcó todos los ámbitos de la vida de estas sociedades autóctonas, y tuvo aspectos oscuros de tremenda violencia, de arbitrariedades, de codicia y de injusticia. Lo concreto, sin embargo, es que hoy día la lengua castellana es la lengua de las naciones hispanoamericanas, una lengua que cuenta

con 400 millones de hablantes nativos y varias decenas de millones de personas que la tienen como segunda lengua, y es una de las lenguas oficiales de entidades internacionales como las Naciones Unidas.

Sin embargo, la historia de la difusión de la lengua no ha ido aparejada con la adecuación fluida de los sistemas de actitudes de los hablantes. Por un lado, en España, hasta no hace demasiado tiempo, la lengua se consideraba un patrimonio nacional casi exclusivo, esto es, una lengua generada en España por españoles para interactuar entre españoles acerca de situaciones de interés español y en una perspectiva española. Una institución como la Real Academia Española se concebía más como una empresa patriótica que como un organismo propiamente cultural centrado en el estudio y divulgación de la lengua y de sus textos más representativos y válidos al servicio de la comunidad hablante. En otras palabras, se concebía que la unidad de la lengua estaba dada por una identidad territorial —la condición de España de solar idiomático patrimonial— y por una unidad cultural, étnica y aun religiosa, como si todo en esa rica y compleja historia política, idiomática y cultural española hubiera estado signado por la uniformidad. No faltó el intelectual español que se autodefiniera, en cuanto grupo nacional, como «los amos de la lengua».

Por otro lado, en Hispanoamérica, sobre todo entre los grupos dirigentes, se fue generando una actitud que podría llamarse colonial. Se asentó la ideología dicotómica «ellos y nosotros», como si América no hubiera sido producto, precisamente, de un encuentro de dos mundos, como si las primeras elites gobernantes e influyentes no hubieran desconocido, más allá de la mera retórica, casi unánimemente la presencia y función de las culturas, y por cierto de las lenguas, autóctonas. Especialmente después de consolidada la independencia de las nuevas naciones, se fue acentuando una actitud de rechazo a todo lo español, incluida la lengua

castellana y su más emblemática manifestación, la literatura, así como una actitud de valoración y de subsecuente imitación de otras tradiciones culturales europeas, principalmente la francesa y la inglesa.

Por cierto, esta visión sesgada del desarrollo y expansión de la lengua castellana en el Nuevo Mundo solo podía conducir a situaciones, en último término, empobrecedoras, tanto para España como para las nuevas naciones hispanoamericanas. En el caso chileno, que es el que por ahora interesa, las contradicciones y las inseguridades son notorias. Escritores como Francisco Bilbao, Domingo Faustino Sarmiento (argentino avecindado un tiempo en Chile) y José Victorino Lastarria son clara manifestación de esta actitud antiespañola. Lastarria no solo rechazaba la tradición literaria hispánica, sino que hizo un propósito explícito de fundar una literatura propiamente chilena, aunque, por cierto, en lengua castellana. El resultado no fue grandioso, aunque sí interesante: no solo pone de manifiesto que el cultivo de la lengua sin un arraigo cultural es prácticamente imposible, sino que, sin quererlo, cae en una dinámica de imitación de modelos foráneos insuficientemente asimilados. Más interesante es el hecho de que, aunque quiere incorporar a su producción novelesca elementos autóctonos chilenos, en la práctica termina rechazando lo más inmediato y básico, como es la lengua castellana tal como se daba de hecho en Chile: con poco cultivo intelectualizado y con aún menor tradición culta.

2

Felizmente, hubo un intelectual que puso las cosas en su sitio: don Andrés Bello, nacido en Venezuela, educado en Londres y avecindado en Chile desde 1829. Bello vio con claridad que la continuidad idiomática es un proceso que

trasciende nacionalidades y territorios, y que el pasado del idioma, por mucho que haya diferencias reales entre las comunidades donde tiene vigencia, es un pasado común. Específicamente, vio que la gran literatura del pasado, muy especialmente la literatura de los Siglos de Oro, no es «española» en un sentido estrecho, sino una literatura de toda la lengua, por ende patrimonio común de todos los hablantes y fuente de enriquecimiento. Sus estudios sobre el *Poema de Mio Cid* y sobre *La Araucana*, considerada como la puerta de entrada a la literatura chilena, así lo demuestran. Su monumental *Gramática de la lengua castellana*, de 1847, es la definitiva demostración de que la lengua es un patrimonio común que ha de enriquecerse entre todos y con relación al cual todos pueden aportar. Por cierto, las ideas de Bello tardaron en asimilarse, tanto en España como en las nuevas naciones. En Chile se le acusó de retrógrado por su valoración del pasado idiomático, y en España se le ignoró, especialmente desde los círculos oficiales académicos, por el hecho básico y simple de no ser español en el sentido nacional del término.

Esta situación, evidentemente conflictiva y empobrecedora, se prolongó durante el siglo XIX. Un hito definitivamente renovador tuvo comienzo simbólico el año 1888, cuando un joven nicaragüense de paso en Chile publicó un librito misceláneo: *Azul...*, el cual habría de renovar no solo la manera de concebir y ejercer activamente el lenguaje literario, sino que reformuló todo el sistema de actitudes hacia la lengua. Por primera vez en nuestra historia un escritor hispanoamericano asumía creativamente, y con un nivel de calidad y profundidad excepcional, el hecho de que la lengua castellana es, definitivamente, una lengua internacional, suprageográfica, supraétnica, con una raíz clara y potente, con una tradición rica, pero susceptible de ser renovada con tradiciones diferentes, tanto en lo histórico como en lo contemporáneo. Rubén Darío supo aunar lo más

válido de la tradición literaria española con las tradiciones y vanguardias extranjeras y con elementos de raigambre indoamericana, en una síntesis que, sin desmentir lo que pudo llamarse «el genio de la lengua», lo extrema hasta darle matices y posibilidades expresivas hasta entonces no vistas. Como lo señalara otro gran escritor y renovador de las prácticas literarias en castellano, Jorge Luis Borges, Rubén Darío pasó por la lengua y dejó una impronta. Rubén Darío es, de hecho, quizás el primer gran escritor de la lengua castellana, simplemente, de resonancia idiomática total, que va más allá de nacionalidades, estilos o influencias.

Pero el hecho es que, en Hispanoamérica, esta noción de lengua española foránea, ajena a las realidades locales, se instaló con fuerza entre los intelectuales que, por cierto, manifestaban sus incomodidades en la propia lengua castellana. Aun escritores contemporáneos como Octavio Paz, tan potente y tan fecundo de raíces, se sintió siempre algo incómodo con esta lengua «trasplantada» que no terminaba de sentir plenamente suya. En Chile, Gabriela Mistral, a pesar de su enorme potencia creadora y de su lucidez precursora en muchas áreas, sintió como una contradicción el ser indoamericana, por un lado, y de nacionalidad chilena, y por otro lado, ser cristiana e hispanohablante, es decir, de religión y de lengua no generadas en la tierra americana, sin entender que las lealtades patrióticas, étnicas, religiosas y lingüísticas discurren por vías no contradictorias sino diferentes. Así, cada vez que esta escritora, tan ligada a su tierra y a su lengua, detectaba alguna diferencia entre el castellano que escuchaba en sus correrías por España y el que escuchaba entre los hablantes de Hispanoamérica, atribuía tales variaciones a algún tipo de desviación —llegó a hablar de «pecado fonético» hispanoamericano—, de una corriente de continuidad idiomática natural y legítima que solo podría darse —he ahí manifestado nuevamente el prejuicio de la continuidad geográfica— en España.

En este complejo marco cultural podemos entender mejor la extraordinaria importancia que tiene Pablo Neruda, no solo como uno de los grandes poetas hispanoamericanos del siglo XX, sino como un lúcido renovador del sistema de actitudes hacia la lengua castellana compartida. Neruda, íntimamente chileno, latinoamericanista casi furibundo, políticamente de militancia tan férrea como cuestionada, es, sin embargo, un habitante plenamente cómodo de la lengua castellana, más allá de toda inseguridad, ajeno a todo prejuicio, «latinoamericano, español de raza y de lenguaje», como se define en los recuerdos de *Para nacer he nacido*. Neruda se asume, simplemente, como un poeta chileno de la lengua castellana común, fuente de identidad y de energía creativa. Superación definitiva de la actitud que hemos llamado colonial. Sus propias palabras lo dicen más allá de toda duda:

No se puede vivir toda una vida con un idioma, moviéndolo longitudinalmente, explorándolo, hurgándole el pelo y la barriga, sin que esta intimidad forme parte del organismo. Así me sucedió con la lengua española. La lengua hablada tiene otras dimensiones; la lengua escrita adquiere una longitud imprevista. El uso del idioma como vestido o como la piel en el cuerpo; con sus mangas, sus parches, sus transpiraciones y sus manchas de sangre o sudor, revela al escritor. Esto es el estilo. Yo encontré mi época trastornada por las revoluciones de la cultura francesa. Siempre me atrajeron, pero de alguna manera no le iban a mi cuerpo como traje (*Confieso que he vivido*).

Esta actitud nerudiana tan positiva hacia la lengua como instrumento de comunicación y como forma arraigada de instalarse en el mundo, cubre todas las dimensiones, desde la

dinámica histórica como garantía de identidad, hasta la potencialidad comunicativa como aval de amplitud participativa y la finura estructural como cuenco concentrador de la intimidad expresiva.

Siguiendo la huella memorable de Andrés Bello, Neruda entiende que el pasado de la lengua es su propia historia, que su actuar como poeta prolonga activamente una raíz nunca interrumpida aunque sí plena de accidentes e incidentes. Así, por ejemplo, en una obra mayor como es el *Canto general*, manifiesta una actitud decididamente hostil hacia los protagonistas hispanos del proceso de conquista, una vez más la ideología del «ellos y nosotros», actitud que muchas veces resulta más bien cercana a la llamada «leyenda negra» que a los hechos reales. Sin embargo, la lengua es una herencia patrimonial que no se ve mancillada por esta sombra negativa:

Qué buen idioma el mío, qué buena lengua heredamos de los conquistadores torvos... Estos andaban a zancadas por las tremendas cordilleras, por las Américas encrespadas, buscando patatas, butifarras, frijolitos, tabaco negro, oro, maíz, huevos fritos, con aquel apetito voraz que nunca más se ha visto en el mundo... Todo se lo tragaban, con religiones, pirámides, tribus, idolatrías iguales a las que ellos traían en sus grandes bolsas... Por donde pasaban quedaba arrasada la tierra... Pero a los bárbaros se les caían de las botas, de las babas, de los yelmos, de las herraduras, como piedrecitas, las palabras luminosas que se quedaron aquí resplandecientes... el idioma. Salimos perdiendo... Salimos ganando... Se llevaron el oro y nos dejaron el oro... Se lo llevaron todo y nos dejaron todo... Nos dejaron las palabras. (*Confieso que he vivido*).

Don Alonso de Ercilla, por cierto miembro de esa ralea de conquistadores rapaces, es, en este marco, aceptado como parte del legado idiomático y por ende intocable,

y su *Araucana* «no solo es un poema, es un camino» (*Para nacer he nacido*). La figura de Ercilla, conquistador de primera hora, aparece como la de un verdadero fundador de una nueva identidad, ejemplar y heroico, un «padre diamantino», primer escritor chileno, pilar humano y literario, voz antigua para un nuevo agente de la lengua ancestral:

Hombre, Ercilla sonoro, oigo el pulso del agua
de tu primer amanecer, un frenesí de pájaros
y un trueno en el follaje.

Deja, deja tu huella
de águila rubia, destroza
tu mejilla contra el maíz salvaje,
todo será en la tierra devorado.

Sonoro, solo tú no beberás la copa
de sangre, sonoro, solo al rápido
fulgor de ti nacido

llegará la secreta boca del tiempo en vano
para decirte: en vano.

(*Canto general*, «Ercilla», III, XXII)

Pablo Neruda es, fundamentalmente, poeta, un poeta chileno de lengua castellana. Es, sin duda, un intelectual sumamente culto y bastante lúcido, con momentos contradictorios y opacos, un escritor, cronista de sí mismo y del ancho mundo, de prosa tersa y llana. Pero aun siendo interesante como es, su trabajo descriptivo y reflexivo no es lo más memorable de su legado, porque Neruda es, repetamos, antes que nada, un poeta, y es en su poesía donde hallamos la entraña candente y clara de su decir y de su hacer. Por ello, rastrear en su obra poética su sistema de actitudes hacia la lengua castellana resulta ser una aventura especialmente enriquecedora para un lingüista como el que escribe estas páginas.

Pablo Neruda, a lo largo de su prolongada labor poética, fue refinando y definiendo una voz cada vez más propia. Sus primeros libros son testigos de una búsqueda que parece avanzar sin prisa, como consciente del camino que seguía y de la meta que aspiraba a alcanzar. Como todo escritor, parte de su búsqueda está marcada por un rechazo, nunca demasiado serio, de la tradición inmediatamente precedente, y por una voluntad de originalidad, aun cuando con ello se violente de algún modo la normatividad tradicional y aun la dinámica natural del enunciado en cuanto producto idiomático.

Solo a modo de ejemplo, recordemos un texto de *Residencia en la tierra*, libro donde cuaja y madura esta tendencia tempranamente iniciada, y donde es nítido el intento de lograr una expresividad a contrapelo de estructura sintáctica y semántica convencional:

Alójame en tu espalda, ay refúgiame,
aparéceme en tu espejo, de pronto,
sobre la hoja solitaria, nocturna,
brotando de lo oscuro, detrás de ti.

Flor de la dulce luz completa,
acúdeme tu boca de besos,
violenta de separaciones,
determinada y fina boca.

(«Madrigal escrito en invierno»).

Lo relevante de este proceso de búsqueda expresiva en Neruda es que no se trata de una manifestación casi adolescente de rechazo de una tradición representada por la raíz idiomática española, como sucedía en el siglo XIX con escritores como Lastarria, sino que se trata de una exploración,

por decirlo así, funcional, en las potencialidades comunicativas de un sistema plenamente asumido como propio. La presencia de Rubén Darío actúa casi sin que los escritores posteriores sean conscientes de ello. Así resume el propio poeta su actitud al referirse a las hechuras vanguardistas de su libro:

Residencia en la tierra está escrita, o por lo menos comenzada, antes del apogeo surrealista, como también *tentativa del hombre infinito*, pero en esto de las fechas no hay que confiar. El aire del mundo transporta las moléculas de la poesía, ligera como el polen o dura como el plomo, y esas semillas caen en los surcos o sobre las cabezas, les dan a las cosas aire de primavera o de batalla, producen por igual flores y proyectiles (*Confieso que he vivido*).

No hay aquí sombra de egoísmo juvenil ni de espíritu colonial de rechazo a una identidad, sino conciencia de ser un escritor asentado de una lengua estandarizada de presencia internacional. Así, en esta misma línea de presencia cultural, que ya podemos llamar premonitoriamente panhispánica, recibe Neruda, en su condición de poeta de lengua castellana, el extraordinario libro de Amado Alonso sobre su obra, especialmente sobre *Residencia en la tierra*:

El estudio de Alonso recela la primera preocupación seria en nuestro idioma por la obra de un poeta contemporáneo. Y eso me honra más de la cuenta (*Confieso que he vivido*).

Esta asumida condición de poeta de lengua castellana, pero voz de una patria y aun de un continente, cuaja creativamente en el texto disparejo, desmedido y deslumbrante del *Canto general*. La raíz de la voz nerudiana quiere ser dual. Por una parte, está la tierra americana, su geografía y su gente. Baste con una declaración que habla por todo el libro y, quizás, por toda la obra del poeta:

América, no invoco tu nombre en vano.
Cuando sujeto al corazón la espada,
cuando aguanto en el alma la gotera,
cuando por las ventanas
un nuevo día tuyo me penetra,
soy y estoy en la luz que me produce,
vivo en la sombra que me determina,
duermo y despierto en tu esencial aurora:
dura como las uvas, y terrible,
conductor del azúcar y el castigo,
empapado en esperma de tu especie,
amamantado en sangre de tu herencia.

(«América no invoco tu nombre en vano»).

Ahora bien, toda esta conciencia de raíz americana halla su expresión en lengua castellana. El poema que mejor expresa esta actitud es, sin duda «Alturas de Macchu Picchu». Allí siente y comunica Neruda toda la fuerza de su identidad asentada en la tierra difícil pero fecunda y moldeada en la piedra labrada, y naturalmente siente que todo se resuelve en canto, en un poema donde la lengua brilla en toda su nítida y compleja sencillez. Machu Picchu pide que el poeta libere el potencial sonoro que la piedra esconde, y el poeta, como trabajador de la palabra, cumple su cometido, y lo cumple en la lengua que también está en la raíz del canto, la lengua castellana, en una síntesis que supera toda contradicción, una síntesis que es piedra y lengua, palabras y sangre:

A través de la tierra juntad todos
los silenciosos labios derramados
y desde el fondo habladme toda esta larga noche
como si yo estuviera con vosotros anclado...
... Dadme el silencio, el agua, la esperanza.

Dadme la lucha, el hierro, los volcanes.

Apegadme los cuerpos como imanes.

Acudid a mis venas y a mi boca.

Hablad por mis palabras y mi sangre.

(«Alturas de Macchu Picchu»)

El poeta ha plasmado también esta experiencia de ser vocero, en raíz de lengua castellana, de un fundamento de tierra y piedra y sangre americana, en una prosa de nítida calidez. Así, recuerda cómo, al contemplar por primera vez la ciudadela pétrea y callada,

Me sentí infinitamente pequeño en el centro de aquel ombligo de piedras, ombligo de un mundo deshabitado, orgulloso y eminente, al que de algún modo yo pertenecía. Sentí que mis propias manos habían trabajado allí en alguna etapa lejana, cavando surcos, alisando peñascos.

Me sentí chileno, peruano, americano. Había encontrado en aquellas alturas difíciles, entre aquellas ruinas gloriosas y dispersas, una profesión de fe para la continuación de mi canto (*Confieso que he vivido*).

5

Hay un poema que de algún modo resume y sintetiza la compleja actitud nerudiana hacia la lengua castellana y su condición de poeta de esta lengua, pero poeta asentado en su realidad chilena, de raíz plenamente chilena, que sin embargo no desdice ni reniega de la raíz tan honda y vieja como es la raíz de la lengua. Se trata de la «Oda al diccionario», una de las más entrañables que componen las *Odas elementales*.

La piedra angular intelectual de esta oda es la convicción de Neruda de que la lengua está en la base de su identidad

como persona integrante de una sociedad, y como se trata de un idioma estandarizado que se superpone sin contradicción a fronteras ideológicas, nacionales o geográficas, puede servir como instrumento privilegiado de análisis de una realidad, al mismo tiempo que como expresión siempre renovada y original de una sensibilidad personal. Neruda, hay que insistir siempre en ello, no es dado a disquisiciones abstractas, pero tiene plena conciencia del trabajo que realiza como escritor de lengua castellana. Sus reflexiones sobre la lengua, y sobre la cultura de que esta lengua es expresión, son reflexiones poéticas, es decir, instancias textuales donde lo general se fusiona con lo particular y específico, donde lo intelectual se amalgama con lo emocional y donde la persona concreta se instaure en vocero válido de una sociedad compleja que reconoce un principio de unidad. Por ello, no es de extrañar que el poeta sume su voz a una corriente que es tradicional en lengua castellana, cual es la disposición a apropiarse poéticamente de la lengua misma como tema del poema y forma del mismo, resultando así un verdadero poeta lingüista, esto es, investigador acerca del potencial comunicativo y expresivo de la lengua, y poeta propiamente tal, concentrador concreto en el texto de ese potencial. El poema se torna, entonces, instancia lingüística sin dejar de ser poema.

En más de una ocasión el lenguaje, y sobre todo la lengua castellana, han sido objeto de manifestación poética por parte de Pablo Neruda. El lenguaje es entendido por el poeta como una manifestación de lucidez y de asombro ante el misterio del universo, en el marco de un acto de pertenencia a una comunidad de interacción. El hombre es para Neruda un ser social que solo en la palpitación del colectivo halla su potencial expresivo. Así concibe la gestación primigenia del lenguaje:

Aún la atmósfera tiembla
con la primera palabra

elaborada
con pánico y gemido.
Salió
de las tinieblas
y hasta ahora no hay trueno
que truene aún con su ferretería
como aquella palabra,
la primera
palabra pronunciada:
tal vez solo un susurro fue, una gota
y cae y cae aún su catarata.

(«La palabra»)

La «Oda al diccionario» no teoriza directamente sobre la palabra. Fiel a su condición de *Oda elemental*, se centra directamente en el diccionario, ese libro receptáculo alfabéticamente ordenado del léxico de la lengua, al que no siempre se considera con la atención debida, pero, a medida que el texto avanza, descubrimos que en su sencillez se agazapa una concepción de ese léxico no solo en su riqueza funcional de repertorio de las más variadas formas de referencia de experiencias acumuladas y compartidas, sino que el diccionario mismo se abre y se esponja hasta alcanzar la condición de símbolo de toda la lengua en su compleja riqueza de instrumento y de patrimonio. Es relevante esta distinción. El léxico es instrumento en cuanto que es un repertorio virtual que permite articular una experiencia en enunciados que tienen como función básica el intercambio de experiencias entre los miembros de una comunidad. Es también patrimonio, en el sentido de que es un legado intangible que liga a una historia y que es fuente de asentamiento en una realidad social específica, que actúa igualmente como fuente y garantía de identidad personal y colectiva.

El diccionario, recopilación del léxico, aparece en nuestra oda, en primera instancia, como un objeto, un libro algo

desmesurado (obviamente, el punto de partida concreto del poema lo constituye la versión tradicional del diccionario académico, en su imponente pasta española y su tamaño superior al texto corriente). Pero ese diccionario parece ocultar los rasgos más evidentes y superficiales del léxico que contiene: es un cargador sistemático y espeso. Fácil es para un joven, por lo demás repleto de sí mismo, ignorarlo, en la creencia de que la expresividad, sobre todo la expresividad de voluntad poética, es asunto de originalidad y desparpajo personal:

... Recibo
 las palabras
 directamente
 del Sinaí bramante.
 Reduciré
 las formas a la alquimia.
 Soy mago.

Frente a esta frivolidad, el diccionario solo puede responder con el silencio. Ya hemos visto que la lengua no es solo instrumento de una expresividad personal, sino que es también patrimonio cultural. Solo desde esa raíz se puede desarrollar su condición instrumental. Cuando esto se descubre, y hacerlo es cosa de madurez y no de imposición, la situación cambia radicalmente y el viejo diccionario revela lo que de veras es. Las metáforas que siguen conducen todas a esa dimensión de vitalidad creadora. El diccionario es árbol, fuente de vida, su follaje es vivificador, acoge nidos, fuente también de nueva vida, de fecundidad, o sea, lo que el léxico guarda de potencialidad productiva. Más aun, el diccionario, o mejor dicho el léxico que en él anida, es también fuente de regocijo, de mero juego, carrusel de palabras que muchas veces no tienen más razón de ser que ser ellas mismas en su gozo de significar:

... palabras
que se deslizan como suaves uvas
o que a la luz estallan
como gérmenes ciegos que esperaron
en las bodegas del vocabulario
y viven otra vez y dan la vida.
una vez más el corazón las quema.

Vamos así notando cómo la clarividencia del lenguaje poético nos permite entender que, en sí misma, la lengua es una mera virtualidad asaz inerte, pero el acto de hablar es un acto de vivificación intelectual que tiene también una dimensión emotiva, por lo que usar una palabra es también quemarla desde el corazón. El diccionario, entonces, ya no es un repertorio frío, y las metáforas una vez más se acumulan para realzar la expresión de una vitalidad generosa: preservación, fuego, joyas, perpetuidad, granero, esto es, receptáculo de semillas cuyo destino es generar nueva vida, así como también expresar la valoración de esa vitalidad cultural: si por una parte, la palabra es herramienta, útil sin más, por otra es medalla, que vale por lo que representa. Lo práctico aunado con lo bello. Y aquí aparece una nueva dimensión. Si la lengua es patrimonio, es un patrimonio que tiene una génesis concreta y conocida. En nuestro caso, ese origen se remonta a España, desde donde se prolonga hasta la voz del poeta, que la preserva intacta al hacerla suya y con ella significar, o sea, comunicarse. El poeta ha entendido, por fin, que su potencial creativo no emana solo de su genialidad, sino también, y muy fundamentalmente, de su inmersión en una continuidad comunicativa.

6

Señalábamos al comienzo cómo escritores tan finos y cultos como Gabriela Mistral u Octavio Paz asumían la historia de

su lengua en una dimensión de trasplante cultural. Neruda, quien ha tomado posesión plena de esa misma lengua, se asume a sí mismo como una voz más en una cadena que ha tenido interrupciones, hiatos, quiebres de todo tipo, pero que nunca ha dejado de cumplir las funciones primordiales de toda lengua: articulación de una experiencia colectiva en una concreción personal de referencia y emoción. Neruda es, concluyamos, un poeta chileno, tierra y trino americanos, pero canta con palabras, y esas palabras tienen una raíz tan honda y tan sólida que dan para la expresión de un poeta y para la interacción de una comunidad que no solo supera a ese poeta, sino que va más allá de patrias, de creencias o de razas.

En lo que se refiere a la lengua castellana, Pablo Neruda resulta ser un noble sucesor del maestro Nebrija, que visualizó la lengua más allá del ámbito del reino de Isabel y Fernando; un digno continuador de don Andrés Bello, que nos enseñó que la unidad de la lengua no se opone a la diversidad de naciones y modos de vida; un digno sucesor de Rubén Darío, que dio el salto que permitió a la lengua española apropiarse del ancho mundo con alegría y sensibilidad. Pablo Neruda, indudablemente, pasó por la lengua castellana y se ha convertido, él mismo, en patrimonio del idioma, en raíz del canto, encarnación anticipada del lema de la Academia Chilena de la Lengua que hoy, una vez más, lo reconoce en gesto de homenaje: unir por la palabra.